

Claro de luna

Me siento orgullosa de la función social de la UNED. Tiene muchas caras: nuestros Centros Asociados, el Programa de Centros Penitenciarios... y algunas han ido creciendo en mí a lo largo de los años, hasta tal punto que desde hace tiempo examino en cárceles en cada convocatoria y dedico una parte de mi investigación y mi docencia no reglada a colectivos en situación de vulnerabilidad, como las personas desplazadas. Es una labor que me aporta muchísimo como profesora y como ser humano y sin duda estará en la parte superior de la bandeja de entrada de mis recuerdos cuando me haya ido de la UNED.

Si tuviera que elegir entre todas las experiencias con una marcada vertiente social que he tenido la oportunidad de vivir en la UNED, elegiría la que tuvo lugar en el seno del proyecto de investigación MOONLITE, que compartí con compañeros de varios departamentos de la Facultad de Filología y de la Escuela de Informática de la UNED, además de otras universidades españolas y extranjeras. Se trataba de explorar vías formativas en línea para la inserción laboral y social de migrantes y refugiados. Entre todos, la experiencia previa directa en este campo era cercana a cero, pero ilusión no nos faltaba y estábamos empeñados en contribuir de alguna forma tangible.

No contaré los entresijos del proyecto, pero sí que todas las puertas a las que tocamos en la UNED para llevarlo a cabo se abrieron de par en par y la lección de vida que supuso para todos compartir nuestro trabajo investigador, codo con codo, con un conjunto de profesores y estudiantes de lenguas de una veintena de ONG de Madrid. Comenzamos invitándoles a un par de jornadas presenciales en las que les contamos cómo era la UNED, primero ante una gran pantalla y después, de forma más distendida, compartiendo un tentempié. Adivinando cierta desconfianza ante la perspectiva de colaborar con grupos universitarios de investigación, a menudo ávidos de recabar y analizar datos, nos propusimos no defraudarles y esforzarnos en lograr una aportación innovadora, útil y eficaz, por y para ellos.

La sensibilidad de los profesores de las ONG hacia las circunstancias de cada uno de sus alumnos nos conmovió: el trauma aún reciente de uno, la necesidad de anonimato de otro... Era emocionante ver cómo interactuaban entre sí y la confianza mutua ganada a pulso. También

recuerdo la selección de contenidos para los cursos que propusieron los refugiados que vinieron a la sala Homero: cómo moverse por Madrid, cómo defender sus derechos... Pronto quedó claro que sus necesidades inmediatas al llegar a nuestro país constituían un verdadero “fin específico” de una enorme precisión y coherencia. Su contribución en el diseño y desarrollo de los MOOC (las actividades, los diálogos...), que ellos mismos estudiarían una vez terminados e instalados en la plataforma de UNED Abierta, fue decisiva y precisamente lo que les dio la necesaria relevancia, fresca y autenticidad.

Jamás olvidaré las jornadas que compartimos en los estudios de grabación del CEMAV donde, cada día, aquel increíble grupo de seres humanos, profesores y alumnos convertidos en actores voluntarios, se acicalaban y repartían el atrezzo que traían para la grabación de los diálogos por los decorados maravillosamente pintados por un joven artista amigo. Sentados en el suelo, apoyados contra la pared, repasaban nerviosos los diálogos que habían de interpretar pocos minutos después.

Y fue en aquellos días, durante las pausas, cuando los investigadores aprendimos tanto de ellos, de sus mochilas de dolor y añoranza, pero también de sus sueños y proyectos y de su ilusión por formarse para mejorar sus vidas y las de los que habían quedado atrás. Uno que había tenido el cuerpo yerto de su hermano pequeño en brazos antes de partir estaba determinado a aprender inglés para llenar de sonrisas el pabellón infantil de algún hospital en Irlanda. Nunca enseñar inglés se me hizo tan grandioso. Ojalá lo haya conseguido.

Elena Bárcena

